LIBRERO
ANTICUARIO
Calle del Prado, 8.
MADRID

6948

Llop (Francisco)
Maximiliano

México, 1888

10

FRANCISCO LLOP.

MAXIMILIANO

DRAMA EN CUATRO ACTOS

MÉXICO.

IMPRENTA DE AGUILAR É HIJOS,

Esquina de la Encarnación y Santa Catalina.

1888.

PERSONAJES

MAXIMILIANO.—CARLOTA.—MIRAMÓN.—MEJÍA.—JUÁREZ.—LERDO.—UN CORONEL DE CABALLERÍA.—WAGNER.—DUPONT.—UN UJIER.—ELISA.—UNA DAMA, ENLUTADA.—UN ANCIANO.—UNA SEÑORA POBRE.—UN COMERCIANTE DE QUERÉTARO.—DOS SACERDOTES.—UN EMPLEADO Y UN AYUDANTE DE JUÁREZ.—UN FISCAL (CORONEL REPUBLICANO).—D. JUAN, D. CARLOS Y UN MARQUÉS (INDIVIDUOS DE LA CORTE).—GUARDIAS PALATINOS.—CABALLEROS Y DAMAS DE LA CORTE.—UN CAPITÁN Y MULTITUD DE SOLDADOS REPUBLICANOS Y EMPLEADOS DEL GOBIERNO DE JUÁREZ.

LA ESCENA PASA:

El primer acto en el palacio de Chapultepec, á mediados de 1866.—El segundo acto en Querétaro, Convento de la Cruz, la noche del 14 al 15 de Mayo de 1867.—El tercer acto, en la misma plaza el 16 de Junio del mismo año, en el Convento de Capuchinas, prisión de Maximiliano.—El cuarto acto, en San Luis Potosí, salón de la presidencia, el 19 del mismo mes y año.

AL PUBLICO

Ajeno á todo interés de partido al ocuparme de esta obrita, valiéndome de algunos personajes supuestos que creí necesarios para el giro y desarrollo de un plan más ó menos acertado, y haciéndolos expresarse según el móvil que debería impulsarlos; he procurado ser como el espejo que reproduce fielmente las imágenes y como el fonógrafo que repite con exactitud los ecos. Y si no lo he logrado, la culpa será únicamente de mi poca aptitud, ya que por mis circunstancias no me creo arrastrado á lisonjear á nadie ni á herir susceptibilidades que siempre me he complacido en respetar.

México, Abril de 1888.

F. Llop.

Al Sr. D. Leopoldo Burón.

Aunque exenta de mérito la presente obra, creo que será bien acogida por V., atendiendo á la exquisita benevolencia que lo distingue, pues en esta dedicatoria sólo hallará un humilde homenaje, único de este género que á tan distinguido artista puede tributar

El Autor.

ACTO PRIMERO

En el palacio de Chapultepec.—Salón que se supone próximo á otro donde se verifica un baile de aquellos tan frecuentes en la Corte.—Decoración lujosa y de buen gusto.—Salidas practicables por los tres lados visibles al espectador.—Un escritorio y demás muebles correspondientes.—Se notarán, durante la mayor parte del acto, alabarderos haciendo la guardia á través de la puerta del fondo.

ESCENA I.

Don Juan y el Marqués. *Este llega frotándose las manos, con gran satisfacción.*

Marq. Otros bailes como estos de la Corte
no he presenciado en mi agitada vida,
y son tan agradables y solemnes,
que arrebatando el alma, la extasían.
Todo es animación en el palacio,
todo dicha y placer; aun la política
es pasatiempo grato y delicioso
que inadvertido casi, se desliza.

Juan. Estáis en un error, mi buen Marqués;
algo pasa en redor, que al pueblo agita,
y elevándose luego hasta el Monarca,
perturbará la calma que decíais.

Marq. Eso no puede ser.—Qué sabe el pueblo?
—Que tal penséis, D. Juan, no os acre-
(dita.
—El disidente Juárez, en el Paso
su República tiene asaz ficticia;

670103

y esto será mientras Bazaine le deje
gozar iluso sus soñadas dichas.

Con énfasis.

Juan. El iluso sois vos, gran dignatorio,
que negáis lo que se ha á vuestra vista.
—Pero ved á D. Carlos, que aparece.
Preguntadle y oiréis como se explica.

ESCENA II.

Dichos y Don Carlos. *Este aparece también petulante y satisfecho.*

Marq. Qué nos podéis contar?
Carls. Nada de nuevo.
La paz más grata en el país domina.
Juan. Se dice que ha llegado un emisario
que al Gral. Bazaine la Francia envía,
y se sospecha mucho en esta Corte
que el francés humillado se retira,
porque, por más que os pese, nadie ig-
(nora
que el yankee osado la cuestión com-
(plica.
Carls. Ah! sí.... se dice; pero yo no creo
lo que propala el vulgo.—Eso es mentira.
Juan. Se dice que ocuparon los rebeldes,
tras breve asedio, una ciudad invicta
y que huye presuroso y derrotado
nuestro valiente Gral. Mejía.....

Con intención.

Marq. Todos esos son sueños que quisieran
ver realizados unos cien juaristas,

lo mismo que aquel cuento estrafalario
del enviado francés.—Ellos deliran.
—Y en todo caso, si lo dicho es cierto,
nuestro Gobierno encontrará salida
ante un lance contrario que suceda,
contando con recursos de valía.

Juan. En todo erráis, y es de sentirse ahora,
que vuestra causa está comprometida.
—El erario imperial se encuentra ex-
(hausto,
al punto de pedir, ha pocos días,
un millón á Bazaine.

Marq. Esto sí implica
un síntoma fatal; y si halláis otros
motivos como este, de ruina,
bien se puede temer algún fracaso;
y un fracaso esta vez, me abrumaría.
—Yo, y otros muchos, nos hallamos
comprometidos á arriesgar la vida,
más aún que en los campos de batalla,
con una ciega asiduidad pasiva.

Juan. Ya podéis prepararos, buen Marqués,
á esa lucha de inercia sostenida
con que siempre ayudasteis á una causa
que sólo ha de salvar vuestra energía.

Irónicamente.

Marq. Creed, Sr. D. Juan, que si ignorara
lo mucho que en la Corte se me estima,
tomando á mal vuestras postreras fra-
(ses
os demandara al punto la ironía.

Juan. Nunca toméis á mal lo que la fama
os concede, Marqués, y es de justicia.
—Si he hablado mal, vos lo sabréis sin
(duda;
mas yo juzgo mis frases merecidas.
Marq. Quizá tengáis razón.. —Pero, á noso-
(tros
sus Majestades ved que se aproxi-
(man...

Indicando hacia la derecha.

ESCENA III.

MAXIMILIANO Y CARLOTA.

Carl. Ya ves, Max, con qué placer,
se disponen á la fiesta
y se apresuran y agitan
las gentes que nos rodean?
Max. Nada más les corresponde:
tú gozas y gozan ellas.
Carl. Sí, porque en este palacio
la alegría sólo refleja.
Max. Cuando está la Soberana
cual tú te hallas de contenta.
Carl. Y cómo no lo he de estar,
cuando noto que se allega
el momento más deseado
de toda nuestra existencia?
Cuando una augusta corona
desciende á nuestras cabezas,
y pienso que al ser tan noble

y entre otras muchas excelsa,
me la debes sólo á mí
que vencí tu resistencia?
Recuerdas?....— Tú no querías,
y yo te dije.....

Max. Mi bella,
siempre había soñado ser
un príncipe de cualquiera
de esos Estados, que son
autónomos casi á medias;
y al llegar los emisarios
de una nación como es esta
y en circunstancias tan raras
como lo fueron aquellas;
debí dudar, cual dudaba
ante una cosa tan seria.
—Y, en verdad, se me ofrecía
de un modo, que mi extrañeza
fué natural, y así fueron
fundadas mis exigencias.

Carl. Pero has visto que aun fundadas
tus dudas, fueron resueltas
y hoy dominas en un trono,
cual soñabas en Caserta.

Max. Nunca creyera que fuese
mi Monarquía tan extensa;
pero tampoco pensaba
reinar bajo la tutela
de los soldados franceses,
ni á instigaciones francesas.
Tampoco creí encontrarme
entre opiniones opuestas,

ni dudando, como dudo,
á dónde voy ni en qué senda.....
—Alguien dirá que vacilo
y mi política quiebra,
ó que no tengo política
y marcho oscilando, á ciegas.
—Oscilo, sí, ya lo dije;
porque me acojo de veras
á aquellos más ilustrados
que antes me hicieron la guerra—
y á veces juzgo imprudente
no retener, y muy cerca,
algunos conservadores
dignos de mi alta nobleza....
—Pero siempre, y más que todo,
lo que mis planes enreda
es Bazaine, el Mariscal,
que en sí mi imperio concreta.

Carl. Es verdad; mas por ahora
hay que sufrir su presencia.

Max. Que apoyando mis derechos,
mi acción benévola enerva....
—Si pretendí una corona,
Carlota, en verdad, no era
por ser un amo insolente
ó un tirano de otra época.
Sé cuánto ha sufrido el hombre
aun después de la Edad Media
por conquistar sus derechos
y su dignidad excelsa.
Por eso, como antes, habla
con libertad nuestra prensa,

y así como ella es de libre,
es la conciencia, libérrima.
—Quiero ser padre del pueblo
como almo sol que sustenta
la industria, el comercio, y todo
cuanto haga nuestra riqueza.
—Nuevas vías, más población,
anhelo para esta tierra,
y armas y naves, y hombres
de esfuerzo, honradez y ciencia,
que hagan respetable al mundo
mi patria, sea en paz ó en guerra.
Esta es mi ambición, bien mío,
y al sentir en mi cabeza
la corona, á estas regiones
colmar de bienes quisiera.

Carl. Eres muy bueno, mi Max;
pero acaso así no sean
tus doctrinas, que no siempre
con la majestad se llevan.
Tu benevolencia suma
al necio pueblo insolenta;
y á veces de soberano
sólo el alto nombre llevas,
pues más que al amo de todos,
á un servidor te asemejas.

Max. A un servidor?—El destino
á un buen monarca presenta
ocasiones, que le encumbran
más, cuanto más él descienda.

Carl. Bien. Y con esos trüanes
que á su voluntad te estrechan? . .

Max. Quizá al marchar los franceses
mi autoridad prevalezca.....
—Pero, antes de separarnos,
dí, que has hecho con aquella
señora que á buscar fuiste?
Remediaste su miseria?
Carl. Quién lo duda?
Max. La corona,
que así realzas, es más bella.
Es la diadema que ciñes,
más que una imperial diadema,
la insignia que á tu virtud
el pueblo grato enagena.
Sigue buscando al que sufre;
consuela al que llora, y lleva
la caridad de los cielos
al que infortunios apenan.
Pues si en política, débil
alguien hallare mi diestra,
note que ante el infortunio
tu filantropía no ceja.

ESCENA IV.

Dichos y un Ujier.

Ujier. Soberanas Majestades,
un pobre aquí se presenta,
pretendiendo, conmovido,
una presta y corta audiencia.
Max. A esta hora? Es raro....
Carl. Su nombre?..
Ujier. Lo calla, aunque trae tarjeta;

pero dice que su turno
está lejano, y espera
ser escuchado al momento,
por vuestra bondad excelsa.

Carl. Que pase, pues bien se nota
que es muy justa su impaciencia.

Max. Que pase, y bien atendido
saldrá, que quien se presenta
en horas extraordinarias,
debe sentir grandes penas.

ESCENA V.

MAXIMILIANO Y CARLOTA.

Max. Sigamos siendo la mano
de la eterna Providencia,
que así alcanzarás del pueblo
gratitud por tus finezas.

ESCENA VI.

Dichos y un ANCIANO.

Max. Pasad, buen hombre, y decid
sin empacho, qué os apena.

Anc. Mi mal es grande, y vacilo
aun siendo tal la indulgencia
con que acogéis á este anciano;
y retroceder quisiera.
—No cejo ante vuestro nombre;
no cedo ante tal grandeza,
pues siendo cual es de augusta,
á mi torpe labio alienta.

Cejo porque tengo miedo
de exponer una cabeza,
que estando bajo una ley
inicua, es fácil perezca.

Carl. Hablad. No temáis, que aun siendo
muy criminal, bien pudierais
esperar; pues vuestras frases,
hiriendo mi alma, la afectan.

Max. Habláis de una ley....inicua....?

Anc. Perdón por mi ligereza.
—Pero, esa ley, sobre mi hijo
se alza.....

Max. Queréis que le absuelva?

Anc. Sólo vuestra Majestad
puede salvarlo.

Carl. Que venga.
—Libra la orden.

Max. Pero al punto
se me ha ocurrido una idea.

Anc. (Tiemblo!) Por Dios.....

Max. Ese hijo,
decidme dónde se encuentra?

Anc. Dónde?.. Señor!..Imposible!
(Sería más que imprudencia).

Max. Dudáis, buen hombre?—Si acaso
haceros daño quisiera,
me bastaría reteneros
ó asecharos con destreza;
pero el que se halla en mis manos
no alcanza más que indulgencia.

Anc. Está absuelto?—Pues conmigo

vive y vuestro fallo espera.

Trasportado de júbilo.

Max. Con este salvo-conducto
se conjura el anatema.
Y vos, que mostráis bien claro
hallaros en la miseria,
tomad también, que con esto
mejor vida se os espera.

Dándole otro pliego.

Anc. Este, señor, lo recibo
rendido á vuestra grandeza,

Tomando el primer pliego.

pero el otro....yo no debo
admitirlo, aunque perezca.

Carl. Sois leal y orgulloso, anciano.

Anc. Aunque es suma mi pobreza,
debo rehusar, que admitiendo,
quizá os hiciera la guerra.

Max. A vuestra edad?.....

Anc. Tengo un hijo,
que pues luchó, no os acepta.

Max. Tomad esta orden; cobradla,
y pensad que es una prenda
del amor del Soberano
y un premio á vuestra franqueza.
Pues vuestro hijo, si es tan noble,
no dudaréis en que ceda;
y si no se muestra amigo,
que obre como le parezca.

Anc. Muera mejor este anciano,
si es capaz de una vileza.
—El jamás podrá serviros;

mas nunca os hará la guerra.
—Al tomar vuestro dinero,
todo bien mi alma os desea;
pues sois, cual nunca pensara,
mi amparo, mi Providencia!

(Tomando el segundo pliego).

ESCENA VII.

CARLOTA Y MAXIMILIANO.

Carl. Estas dulzuras del trono
me arrebatan y embelesan.
Max. Y no es ese buen anciano
el más pobre.—El se contenta
con bien poco, y ya es muy rico,
Carlota, con lo que lleva.
Carl. Si no necesita más,
Fernando, es justa tu cuenta;
pero es la frase muy triste
si tu situación revela.
Max. Son claras esas razones.
Quien más tiene, más desea,
y el Monarca es menos rico,
cuando mucho más anhela.

Rumor animado entre bastidores.

—Pero se escucha un murmullo.
La Corte ansiosa te espera,
y sólo falta en su cielo
la más rutilante estrella.

Con amorosa galantería.

Carl. Pues yo creo que busca al sol
radiante de este sistema

que arrebata en pos de sí
á sus modestos planetas.

Sonriendo con satisfacción.

ESCENA VIII.

WAGNER.

Pues no ha llegado mi Elisa;
pero vendrá: es evidente,
porque hay un Dios providente
en las empresas de amor.
Siendo así, yo la deseo,
y estando comprometido,
ella verá que he cumplido
cual cumple un guardia de honor.

ESCENA X.

WAGNER Y ELISA.

Wag. Al fin llegó!

Viendo á Elisa.

Elisa. Ya mi vida
se deslizará constante
siendo un goce cada instante,
toda un raudal de placer.

Wag. Parodiando tus primores
la natura, sonrie ufana
y ostenta de buena gana
sus bellezas por do quier;
que en este bendito suelo,
un florido paraíso,

para embelesarnos, quiso
un Dios amable crear;
y para que nada falte,
al brindarnos su hermosura
quiso darnos la ventura
de sabernos adorar.

Elisa. Tú me amas, Wagner?

Wag. Lo dudas?

Elisa. Repítelo muchas veces,
porque mi amor toma creces
y sin ti habría de morir.....
Y quiero que me asegures
que me amas, porque yo creo
que amas también.—Y lo veo.
Amas y me haces sufrir.
Amas mucho, bien lo noto.
—Amas á Maximiliano.....

Con efusión.

Wag. Lo quiero más que un hermano:
soy como su perro fiel.
Le amo tanto, que mi vida
la del Soberano abona
y á la suya se eslabona
cual si mi alma fuera él.
Hijo de la simpatía
mi afecto, sigue de plano
su inspiración, y mi mano
obra si la manda obrar:
si el pais acaba, no importa:
quieto estoy si él en pie queda;
y en el mundo no hay quien pueda
mis impulsos contrariar.

Elisa. Ni yo misma?
Wag. Qué me dices?.....
Calla esa lengua indiscreta,
pues nada hay que no acometa
por serte fiel hasta el fin;
pero veo lejos el caso
de aquesa prueba tan dura,
cuando la paz se asegura
del uno al otro confín.
Nunca, como ahora, mi amada,
un porvenir más hermoso
nos brindó un hado piadoso,
después de tanto luchar:
hoy nuestra augusta bandera
de norte á sur flota ufana
y los fuertes engalana
de una á otra costa del mar.
Y cuando todos felices
y él poderoso y pujante
vivamos, mi mano amante
será tuya.—Sí, mi bien.
El ceñirá una corona
y yo tu talle gracioso:
entonces seré tu esposo
y ambos felices también.
Elisa. Hasta entonces.....?
Wag. De ese día
despuntando está la aurora,
espléndida y bienhechora
cual mi amado Emperador.
Elisa. Si una tempestad no anubla
esa espléndida mañana

que te hace ver tan galana
tu frío é inexplicable amor.
Amor que naciera en tu alma
sin aspiración ni anhelo,
oscuro y nublado cielo
sin iris, sin arrebol:
siempre frío, como esas brumas
de tu patria, donde mueren,
por más que romperlas quieren,
los tibios rayos del sol.

Apartándose mohina.

ESCENA X.

WAGNER.

Ella se va, mas me queda
el porvenir del Imperio,
que ya no será un misterio
para el más rudo patán.
—Se cimenta.—Quién lo duda?
Y aumentando su grandeza,
nuevas fuentes de riqueza
por doquiera brotarán.
Luego una escuadra famosa
y un ejército potente
impondrán al Continente
respeto á nuestro poder.
Y cuando unas sabias leyes,
emigrados á millones
alleguen á estas regiones,
cuál como ellas puede haber?
Y quién más que yo dichoso

será, si estoy á la sombra
de aquel que altivo se nombra
de tal Monarquía el Señor?
Entonces podré dar vuelo
á una pasión que me agita,
y á veces me precipita.
en un abismo de amor.

ESCENA XI.

Dicho y DUPONT.

Dup. Wagner!
Wag. Dupont!.... Qué placer
enagena el alma mía,
cuando de volverte á ver
ya la esperanza perdía!

Se abrazan con efusión.

Dup. Dices bien, que yo á tus brazos
nunca retornar creyera,
juzgando rotos los lazos
de nuestra amistad primera.
Wag. Rotos?.... Por qué?
Dup. Ya en campaña
todo el país, se ensangrienta
y el liberal más se ensaña,
y el yankee más se insolenta.
Y la guerra se enardece
y se agita por do quier;
y nuestra gente perece
y mengua vuestro poder.
Wag. Somos dueños....
Dup. Solamente

de las plazas que ocupamos,
pues se adhiere al disidente
aquella que abandonamos.
Y al quererlo remediar
dando otro giro á la cosa,
se procedió á fusilar
de una manera horrorosa.
En nuestras cortes marciales,
más que juzgar, se asesina;
así crecen vuestros males
y el descontento germina.

Wag. Quizá.—Mas sé que la pena
se aplica á infames bandidos.

Dup. Aun á estos no se condena
por hechos bien deducidos;
así, la sangre á torrentes
corre, y formará un raudal,
muriendo cinco insurgentes
ó más por cada imperial.
—Mas brindando muchas veces
amistad, el mexicano
asesina á los franceses
cuando les tiende la mano.
Y yo, Wagner, que nací
en Francia, no los condeno.
Digo que obran bien así:
todo proceder es bueno
contra un invasor.—Si á mí,
por contraria é infausta suerte
me acontece un lance así,
no los culpo por mi muerte.
Pero siendo militar,

tengo que blandir mi acero
contra ellos, á mi pesar;
pues mi deber es primero.
—Mas si Dios me hizo soldado,
yo mejor combatiría
á quien dió el golpe de estado
en la hermosa patria mía.
A ese, que por sofocar
la grita de la opinión,
á cada instante hace armar
una nueva expedición,
y vierte el oro de Francia
y la sangre del francés
con insolente arrogancia,
dando solemnes traspiés.
—Mirad su mayor empresa,
infame y descabellada,
que ante la nación francesa
si no indigna, desagrada.
Es el mayor atentado
en que hizo de fuerza alarde;
y hoy que se ve amenazado,
os abandona cobarde.

Wag. Qué dices?....

Dup. Richmond rendido
y ya al terminar su guerra
el yankee, enorgullecido,
nos lanzará de esta tierra;
pues ya intimó á Napoleón
fijando á nuestra partida
un plazo. Así la cuestión
de tu Imperio, es decidida.

Wag. Tal veleidad, tal vileza,
no pueden ser.... Es mentira!
Dup. Wagner, tu mente delira.
Has perdido la cabeza
—Comprende que si villano
hizo la primer traición,
perderá á Maximiliano
un pillo cual Napoleón.
En fin, su obra, concluida
quedará tras pocos meses,
pues vuestra causa es perdida
al marcharse los franceses.
Wag. No lo será, por mi nombre!
y si vosotros os vais,
contamos, aunque te asombre,
con un partido.
Dup. Contáis
con el clero?—Es tontería,
que compadezco.—En verdad,
Wagner, sí..yo abdicaría.
Wag. Yo nunca! Jamás! El clero
es magnífico parcial,
pues con su influencia y dinero
nos sostendrá.
Dup. Vas muy mal.
Wag. Tenemos mil partidarios
potentes y agradecidos,
y muy firmes solidarios
del trono, al que están asidos.
Y en la miserable indiada,
en que se cuentan millones,
con una y otra miriada,

por cientos los batallones.
Es gente sobria y sencilla
que á su jefe sabe amar
de un modo que maravilla,
y es dócil.....

Dup. Déjame hablar.
Vosotros, necios creísteis
que las actas de adhesión
que en Europa recibisteis,
eran genuina expresión
de un pueblo, y aquí venisteis
sólo á servir de irrisión.
—El sable y falsas promesas
hicieron ceder á muchos
ante las tropas francesas
y algunos farsantes duchos.
—Se os ama, es verdad: lo creo:
con toda pureza de alma,
por algunos; mas yo veo
que estos aman más la calma
de su hogar; y al estrellaros,
os darán..sus bendiciones;
mas sólo esas podrán daros,
por débiles ó bribones.
—En cuanto al indio, mejor
hubiera sido atenderlo,
instruirlo, é impulsar su amor
al tiempo de enaltecerlo.
Es un siervo de los curas,
que, para bien explotarlo,
siempre lo dejan á oscuras;
y de estos debéis tomarlo,

Con el clero estáis muy mal
por lo que habéis hecho bien;
así la cuenta, cabal
saldrá, si os marcháis también.

Wag. Basta...!—Y Márquez?....

Dup. No lo paso.

Wag. Y Méndez? Y Miramón?

Dup. Muy buenos.—Mas para el caso,
ni el uno ni el otro son.
El segundo es generoso
y, como el otro, valiente;
pero su esfuerzo, infructuoso
será, si les falta gente.
—Y hay muchos, como Mejía,
bravos y leales campeones,
jefes de mucha valía....
pero os faltan los millones.
—La guerra, sin duda, es juego
en que se corre un azar;
más pierde quien se alza luego
si no puede continuar.
Y tenéis por enemigo
al Norte, invencible hoy día,
y una ley, que "vuestro amigo"
ha meses, os proponía;
y que, al firmar imprudente
vuestro amo, solo, afrontó
la saña del disidente.

Wag. El tres de Octubre...¡Maldito
mientras viva, sea Bazaine!

Dup. Ten calma.

Wag. Me precipito
al pensar.....
Dup. El hizo bien.
Así se cubre mañana,
sólo á esa ley imputando
su ferocidad insana,
que autorizó tu Fernando.

Silencio momentáneo.—Wagner se muestra confuso y abrumado por las conclusiones de Dupont.—Después se produce un rumor entre bastidores, como de una multitud que se aproxima por el fondo.

Wag. Por qué la Corte se agita?
Dup. Ya Bazaine se habrá explicado,
y el trono se precipita
como un árbol desgajado.

ESCENA XII.

MAXIMILIANO Y CARLOTA.

Max. Cese tu enojo, tu disgusto cese.
Carl. Si se derrumba el trono mexicano
y entre sus ruinas sepultarse veo
todas tus glorias y quizá tu vida,
no me verás llorosa y abatida
ceder á riesgos que palpar no creo.
Te abandona el francés? Queda tu brazo,
y quedará también de mi energía
el contingente poderoso, inmenso,
firme apoyo de aquesta Monarquía;
que aun más pujante restaurarla pienso.

Max. Todo, bien meditado, llega á un punto
en que la triste situación se explica.
—Si se nos engañó, fin á este asunto
demos, Carlota.—El Soberano abdica.
Carl. Imposible!—Abdicar sería bajeza
indigna de un Hapsburgo.—Si tu trono
vacilase esta vez, no tu cabeza
se abatiría ante el feroz encono
de una odiosa facción; ni de un aliado
al proceder más vil é inesperado.
—Ahora es tiempo de obrar con entereza.
Si Francia te abandona
y el yankee osado á tu contrario escuda,
debes mostrar que la imperial corona
no necesita mercenaria ayuda
para brillar sobre tu excelsa frente.
—Abandonar la empresa es cobardía.
—Ir en pos del francés fuera villano.
—Una fuga vulgar, cómo podría
intentarla, jamás Maximiliano?
Max. Mucho de noble y de leal blasona
resolverse á partir.—Nada más santo!
—Que brille inmaculada la corona
y no descienda hasta enlodarse el manto.
—Yo no debo ser jefe de un partido
ni aceptar el papel de aventurero,
ni puedo perdonar se haya vertido
sangre á raudales á la sombra mía;
y si hoy el puesto abandonar prefiero,
nadie me tildará de cobardía.

—Muchas veces bramando la tormenta,
de poderosa flota encomendado,
tranquilo y resignado
cuando hasta el más osado se amedren-
(ta,
sereno sólo yo, ví al cielo airado.
Y así, en las tempestades de mi vida,
afable y sonriente,
sofocaba el dolor de mi alma herida
alzando al cielo mi orgullosa frente.
Y cuando Marte resonar hacía
los ecos de la guerra, sus enojos
y los estragos que su encono hiciera,
pasaban impotentes á mis ojos;
pues si al soldado fiel compadecía,
unificado yo con mi bandera,
invulnerable y fuerte me creía.
—Pero este no es el caso
de ostentar un valor que inútilmente
en oceanos de sangre inundaría
mi nueva patria: generoso y fuerte
es el que acepta para sí la muerte.
—Mas nunca deje mi ambición su hue-
(lla
de exterminio y horror.—Siempre más
bella,
más estimada y hasta más gloriosa
ha de ser mi partida, y muy hermosa;
nunca como la huida que apresura
el miedo á una venganza ó la censura.

Carl. (Todos mis sueños veo desvanecidos
en un momento....—Pero no será.

Antes que huyendo aparecer vencidos,
prefiero perecer.—No abdicará!)
—Maximiliano, escúchame siquiera
una sola objeción. Después procede
como un monarca en estos casos puede.
—Tienes un Ministerio y una Corte;
consultar su opinión debes primero
que resolver negocio de tal porte.....
—Y pues tal se ha de hacer, yo los
(convoco.

Desde el principio de esta escena, multitud de cortesanos habrán permanecido á través de la puerta del fondo, siendo perceptible un leve murmullo.—En estos momentos, Carlota se dirige á ellos invitándolos á pasar.

Pasad, señores, que en infausto día
vuestra lealtad y patriotismo invoco,
sintiendo vacilar la Monarquía.

ESCENA XIII.

Dichos y la Corte.

Mar. Qué puede pretender su Majestad
que no consiga, si á insinuarlo llega,
siendo una ley su augusta voluntad?
Carl. Nuestro genio del bien sus alas plega.
Al marcharse el ejército francés
á discreción del yankee nos entrega,
y el Imperio de ayer ya nada es.
Varios. Nada.....?

Con asombro.

Carl. Nada! pues mi esposo abdica.

Carls. (Esto, en verdad, mis cálculos com-
(plica).
Mar. (Pronto desbaratarse veo el enredo....
Pero á mí no me pillan; no me quedo:
me voy con el ejército invasor).

Entre tanto, el personal de la Corte se habrá dividido en grupos, simulando debatir acaloradamente.

Otro Cortesano. (Yo también me marchara si
(pudiera,
pues la Europa por nada me desplace,
si el huracán político deshace
esta nube dorada, esta quimera).
Otro id. Si es preciso morir, todos muramos:
vuelva á brillar el destructor acero,
que el honor del Monarca es lo primero
y preservarlo incólume juramos.

En alta voz.

Carl. Ya ves, mi Max, cual se debate
en torno nuestro, viendo por tu honor!
No hay victoria posible sin combate
ni mérito en ceder á un vencedor.
—Ceder es imposible en este caso;
y el destino te lanza hacia la guerra.
—Si el erario imperial se encuentra
(escaso,
sobrados medios nos dará esta tierra
para salir del angustioso paso.

ESCENA XIV.

Dichos y un SACERDOTE.

Sacer. Dizque os faltan recursos?—Es mentira:
os puedo presentar veinte millones.
Carl. Es posible?—Decid!
Juan. Este delira.
Sacer. Y no impondré muy duras condiciones.
Volved los bienes que usurpó traidora
una nefanda ley á nuestro clero;
convertíos en su egida protectora,
y cumpliendo un deber, tendréis dinero.
El dinero es el nervio de la guerra,
y si está floreciente vuestro erario
y nuestros votos llegan hasta el cielo,
contaréis en el cielo y en la tierra
por cada sér que aliente, un partidario.
Max. Mi lema es "Equidad en la Justicia,"
y si hoy me rechazase la opinión,
únicamente obrando con malicia
me vierais barrenar este programa,
cosa que consentir nunca he debido.
Carl. Tu noble pueblo sin cesar te aclama.
—Cómo puedes, por Dios! darlo al ol-
(vido?
Sacer. Nadie puede jurar que os sea contraria
la opinión del país.—Si alguien osado
asegura versión tan temeraria,
pruebe los hechos en que se ha fundado.

Con arrogancia, dirigiéndose á todos los presentes, los cuales guardarán silencio.

Carl. El pueblo no nos ama, nos adora;
y el Imperio, creed, no se ha extinguido;
una nube ha eclipsado nuestra aurora;
pero habiendo tomado mi partido,
no dudaréis que sea su salvadora.

Marq. Vuestros derechos fueron constituidos
por el tratado aquel de Miramar.....

Carl. Pues si por Francia son desconocidos,
á la Francia me iré, sin vacilar.
—Dos años más aún es nuestro aliado
el monarca francés, y si hoy rehusa
llenar un compromiso tan sagrado,
próximamente le veréis ceder,
que más arduas empresas ha logrado
la resuelta energía de una mujer.

Varias voces. Viva la Emperatriz!—Viva (Carlota!

Aclamando con voz fuerte.

Max. [Tremenda situación!..] Parte, queri- (da!...

Muy conmovido.

[Creyéndola alejar, contemplo rota
una cadena que me ató á la vida!]

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

En el Convento de la Cruz, en Querétaro.—Habitación de Maximiliano.—Sala espaciosa amueblada decentemente, aunque con modestia.—Tres salidas practicables.—Siendo de noche, habrá algunos candelabros con bujías encendidas.

ESCENA I.

WAGNER. *Paseándose lentamente y dando muestras de profunda conmoción interior.*

Terrible situación!.... Cuánto valiera
haber partido en súbito momento,
cuando enfermo Fernando en Orizaba,
resuelto estuvo, al parecer, á hacerlo!....
—Por qué se fió de las mentidas frases
de Ministros y frailes y consejos.....?
—Todo se perderá; y en vano al Austria
querrá guiarlo mi anheloso esfuerzo..!
—Mas, si ha de perecer, por qué me (apuro
si llegando á morir descansa luego,
y si él descansa al fenecer, yo mismo
he de gozar ese descanso eterno?

Vuelve á pasearse dominado por su fatal preocupación.

ESCENA II.

Dicho y Dupont.

Dup. Poco alegre, en verdad, te ven mis ojos
al derrumbarse el trono y el Imperio;
y esto, bien comprendido, en sus prin-
(cipios
se anunciaba cual es, triste y horrendo.
Ya no dirás, oh Wagner, que mentía;
en cuestiones tan graves yo no miento:
y hoy, más seguro, con dolor te digo
que la ciudad se entregará á Escobedo.
Wag. En qué te fundas, cuando todos aman
fervientemente al Jefe y al Gobierno?
—Ese no entregará la plaza, nunca!
—Hablas de una traición, según infie-
[ro...
Quién puede traicionar al Soberano?
Dup. Un amigo desleal.
Wag. Yo no lo creo.
Dup. Pues pon cuidado en lo que en torno
[pasa,
y luego me dirás qué ves en ello.
—Supón aventurado lo que digo,
de mi humilde opinión no hagas apre-
[cio;
y así, creyéndola infundada en todo,
veamos como vienen los sucesos.
Hace unos meses parecía que Juárez
retirado á un rincón, ya sin ejército,
presto vencido al Norte pasaría;

y el sol os daba su esplendor de lleno.
Pero bajo ese aspecto bonancible,
se agitaba la chispa del incendio;
un soplo le bastó, y hoy todo arde
con su voraz é inextinguible fuego.
Quiso abdicar Maximiliano entonces,
y Carlota se opuso á su deseo.
Partiendo aquella, recibiola un mons-
[truo
con insolencia y ademán grosero,
repulsando su cándida exigencia
con cruel cinismo y de arrogancia lleno.
—Denuesta en vano y su derecho in-
[voca
ante el cobarde Napoleón tercero;
se cansa, y sale desolada y triste,
ya que fracasa en su anheloso empeño.
—No desmayando, á Roma se dirige
proponiendo al Pontífice otro arreglo...
pero el Papa... es el Papa; y este lance
debe yacer en sepulcral silencio.....
—Ella loca salió del Vaticano
y el odioso Bazaine dejó el Imperio;
tu pobre Emperador llora á su esposa,
y la reacción domina en el gobierno.
—Vacilante, dos veces se dispone
Maximiliano á deponer el cetro;
y cuando más resuelto parecía,
cambió de rumbo y lo empuñó de nue-
(vo....
Dentro estos muros le encerró su es-
(trella,

ruégale á Dios que te lo saque ileso,
porque tras diez semanas de heroísmo
ya para resistir no queda esfuerzo.

Wag. Y no obstante, se encuentran esta noche
las baterías calladas.

Dup. Su silencio
es un signo fatal, pues la agonía
pocas veces se inicia con estruendo.
—Saliendo á la campaña no debisteis
dejaros encerrar, cuando á Escobedo
en batalla campal, era factible,
dándole encuentro con vigor, vencerlo.
—Y si en el acto al General Corona
acudieseis sin pérdida de tiempo,
no os encontrarais dentro de esta plaza,
sepulcro anticipado del Imperio.
—Y aun aquí, aprisionados como fieras,
pudisteis escapar con poco esfuerzo
en la postrer acción, que ya ganada,
debió tener un éxito completo.
Mas siendo nula la unidad de mando,
así lo es la de acción, como su efecto;
y los soldados, que antes se batían
con heroísmo y singular denuedo,
faltándoles el prest y las vituallas,
no se sobrepondrán al desaliento.
—Si sostuvisteis su ánimo abatido,
ofreciéndoles próximos refuerzos
que asegurabais condujera Márquez,
ya es excusado tan inicuo medio.
—Hoy, con el hambre, destructor se
(aduna

un grave mal que acabará con ellos;
y agotado su ardor, sólo se piensa
en hacer un postrer súbito esfuerzo.
Salir peleando se ha pensando, y tarde,
rompiendo audaces el compacto cerco,
cosa como imposible, aun exaltando
el noble pundonor de nuestro ejérci-
(to....

Wag. Bazaine y Márquez son de nuestra rui-
(na
el origen y solo fundamento.

Aquel porque en su marcha iba eva-
(cuando
todas las plazas, sin dejarnos tiempo
á guarnecerlas, é inconscientemente
una tras otra fuímoslas perdiendo.
El otro.....

Dup. Es excusado que prosigas.
Estando el Norte, como está, resuelto
á destruir vuestro trono, es evidente
que el absurdo mayor es vuestro Im-
(perio,
y sucumbiera aun cuando el mismo Juá-
(rez
coadyuvase anheloso á sostenerlo.
Lo mismo de Bazaine puedo decirte:
ya que ha cedido Napoleón tercero,
otro no habrá tan loco que se oponga
al titánico impulso de dos pueblos.

Wag. Pero aquella traición que presumías?..

Dup. Esa infame traición.....? Tendrá su
(efecto.

—Mira, Wagner, vigila cautelóso
á los que más confianza gozan.—De
(ésos,
de ésos debes cuidar á un Soberano
que sólo en la política es pequeño.

ESCENA III.

WAGNER.

Una infame traición!.. Es imposible...
Y, sin embargo, yo á Dupont lo creo
porque cuanto él en este asunto ha di-
(cho,
exactamente ha resultado cierto....
Pero cómo ha llegado á sospecharlo,
siendo como imposible aun compren-
(derlo?
—Y habrá de suceder?.. Yo desatino..
No sé cómo será.... Loco me vuelvo!

ESCENA IV.

El precedente y MAXIMILIANO.

Este se presenta pálido y extenuado, sin ver á Wagner.

(Todo se halla trocado ante mis ojos,
pues mi trono cayó.—Tal vez mañana
dejaré para siempre aquestos muros
donde fenece mi última esperanza.
—Mas todo se acabó, Maximiliano?
No queda un goce halagador á tu alma?

Y podrás abatirte si tu estrella,
su luz velando al declinar, apaga?
—Imposible! Jamás!—Baje á su ocaso,
que mi valor es más que mis desgracias,
y si goces no tengo en mi existencia,
en mi triste sufrir mi alma los halla.
Serán los ecos de un dolor sublime;
será el recuerdo de mi esposa amada:
será ese afecto que animó mi vida
y aun se agita y seductor me embar-
(ga.....)

Notando la presencia de Wagner.

Pero Wagner se encuentra frente á
(frente
del rey caído, y con usura paga
el afecto leal de un Soberano
cuyo destino mísero lo arrastra.

Wag. Sire, perdón....

Mirando á Maximilano.

Max. Y de qué
he de perdonarte?—Basta.
Alza la frente, buen Wagner,
no inclines más la mirada,
pues nunca he sido ese sol
que ofusca cuando no abrasa.
Soy un monarca sin cetro
cuya corona se escapa,
pues mis partidarios mueren
y mi Monarquía se exhala.
—Si no muestra mi pupila
el dolor que me desgarra,

es porque, nacido Hapsburgo,
puedo más que mis desgracias.
Tú las conoces, tú sabes
aun la fuente de que emanan,
por eso no las oculto
ante ti que las alcanzas.

Wag. Es mucho honor.....

Max. Más merece
el que á sus príncipes ama
con el afecto sublime
de que das muestras tan claras.
—Guardia de honor fuiste un día,
y hoy ignorado te lanzas
á partir mis sufrimientos
y mis penas más amargas.
—Y así existe una mujer
hermosa y desventurada
que sigue en pos de tus huellas
partiendo mi suerte infausta.
—Por qué no la haces dichosa
si su tierno amor te guarda
sublimes felicidades
que otros mortales no alcanzan?

Wag. Quisiera; mas he jurado
que mi ventura sea hermana
de la que Dios algún día
pueda brindaros más grata.

Max. Dentro veintitantas horas
tal vez rinda mis jornadas,
pues el diez y seis saldremos
antes de romper el alba,
para morir dignamente

ó escapar á las montañas;
pero antes verte quisiera
unido con esa dama.

Wag. Sería, si un hado benigno
tendiese hacia acá sus alas;
mas eso yo no lo espero,
pues nuestro hado es la desgracia,
que nos persigue hace meses
y hoy nos tiende una asechanza.

Max. Sí será; no hay que dudarlo,
porque ha tiempo que me amaga.
—Mas algo debes saber.

Wag. En verdad yo no sé nada;
hámelo dicho Dupont,
y Dupont nunca se engaña.

Max. Quién es Dupont?

Wag. Un francés
amigo, que se quedara
con los bravos Cazadores
que guarnecen esta plaza.

Max. Conviene que lo veamos.

Wag. Voy en su pos, sin tardanza.

Max. No me precisa, pues tengo
que decirte unas palabras.
—En la guerra hay mil azares;
y si al entrar en batalla
cayese yo prisionero
sin poder usar mis armas,
dame la muerte en el acto
sin respeto á mi prosapia,
que un nieto de Carlos Quinto
jamás entrega su espada.

Wag. Yo, señor, daros la muerte?.....
No lo creáis.—Nunca ingrata
la mano de un servidor
contra su príncipe se alza.....
—Mas si caéis prisionero....
No.....! Jamás!.... Nunca mis ar-
(mas
lanzaré contra un Hapsburgo.
—Si caéis, que Dios nos valga!
Max. Quedará en tus manos mi honra
si no puedo yo salvarla.

ESCENA V.

Los precedentes, una señora y un comerciante pobre.

Max. Por qué os detenéis?—Venid
y exponed vuestra demanda.
—Mas comencemos por vos.
Ya escucho.—Hablad.

A la señora, notando que ambos se hayan detenido vacilantes.

Sra. En mi cara
ve Su Majestad la huella
de la aflixión que me mata.
Max. En verdad, sufrís: se advierte
al veros, lo que en vos pasa,
y según lo que decíais....
Sra. En esta ruda campaña
ha muerto el hijo querido
que hacía mi existencia grata;
y al morir, atroz miseria

invade mi hórrida estancia,
donde faltando sus brazos,
nada tengo: todo falta....
—En dos días nada he comido,
y así temo sea mañana,
si no os dignáis socorrer
á esta madre degraciada.

Max. Tomad.

Dándole unas monedas.

Sra. Dinero!.... Qué vale
el dinero en esta plaza,
si no hay que comprar?

Wag. Señora,
me parece exagerada
esa expresión.

Sra. Tal parece;
y es de todo punto exacta.
—Esto es horrible.—La tropa
vive mal; pero ella mata
sus propias cabalgaduras,
y come carne, aunque mala.
Mas los paisanos, á veces
tras estrujones sin tasa,
algún maíz obtenemos
tan caro, que no nos basta.

Max. Acaso sería muy poco
lo que el Soberano os daba.
—Tomad más, y así podréis
poner coto á pena tanta.

Dándole unas monedas que semejen ser de oro.

Sra. Sois muy noble!

Max. No os compenso;
para ello sólo Dios basta.

ESCENA VI.

Dichos menos la señora.

Max. Ahora, vos, venid á mí
y explicaos.
Al comerciante.
Com. Es tan mala
la situación que guardamos
al vivir en esta plaza,
que pronto un mismo rasero
medirá á las clases altas
y al infeliz mendicante
que hoy sus auxilios demanda.
—Al venir Su Majestad
la población lo adoraba
y con placer le servía;
pero ahora.....
Max. Decid.
Com. Se cansa.
Max. Se cansa?—Sí, ya no es justo
pedir más; con lo hecho basta.
—No debe sufrir por mí....
Com. Sí, debe, y lo hiciera grata,
si como es su Majestad
fuesen los demás que mandan.
—Yo era un pobre comerciante,
y mendigaré mañana
la subsistencia, cual muchos,

tras exacciones sin tasa.
Y si he llegado ante el trono,
es que mi ruina preparan
á no ponerse ante mí
la egida de vuestra gracia.

Max. Bien hicisteis en llegaros
aquí con frases tan llanas,
pues pronto pongo el remedio
que vuestra angustia demanda.

Escribe y da el pliego á Wagner, al cual dirige la palabra.

—Ve con este comerciante,
y con esta orden le salva.

Com. Gracias, señor. Es sublime
su Majestad, pues me ampara.

ESCENA VII.

MAXIMILIANO.

Tremenda situación!—Por todas partes
escucho el lamentar de la desgracia,
y surgen sin cesar las decepciones,
y los mejores planes me fracasan.
Sí, que todo es torpeza é incertidumbre,
y claro advierto que al acaso marchan
los sucesos más graves de mi vida,
que en fieras tempestades se desatan.
El abismo do quier miro ensancharse
al vencer ó morir; mas no me espanta,
aunque se abre horroroso ante mi vista
y en él sepultaré mis esperanzas.

Se pasea agitado.

ESCENA VIII.

DICHO Y MEJÍA. *Este se presentará también pálido, como* MAXIMILIANO, *y siempre se expresará con suma naturalidad y sencillez.*

Mejía. Aunque sin la venia llego,
á este servidor mandad,
pues las horas pasan luego
y ruge la tempestad.
Max. Malo estáis, pero potente
vuestro brazo se halla á prueba?
Mejía. Ya veremos.
Max. Sois valiente!
Mejía. No haré más de lo que deba;
pero habrá mucho que hacer,
y á su seno Dios me lleva
ó conseguimos vencer.
Max. Y si esa esperanza es vana,
escapando de tal cuita,
dónde llevaréis mañana
vuestra existencia proscrita?
Mejía. A la Sierra.—Y allí puedo
dar asilo á mi Señor;
si en el combate no quedo,
os salvaré, por mi honor!
Allí nadie manda más
ni á nadie aman como á mí:
quien llegue volverá atrás,
pues nadie me vence allí.
—Fiad, señor, en mi celo,
que si llegamos allá,

mi esfuerzo os conducirá
al ideal de vuestro anhelo.
Vos dejaréis de ser rey
y yo de ser general,
pues á uno y otro una ley
condena de modo igual.
—Mas llegaremos á un puerto
y luego á playas lejanas:
esto es mejor que ser muerto
por las balas mexicanas.
—No tenéis en Miramar
una mansión de delicias?
Pues por qué no retornar
á aquellas tierras propicias?
—Yo poco espero en la vida.
Mi sable, que apoyo fué
de una causa ya perdida,
es nulo: lo colgaré.
Lo colgaré, y en la calma
de otro modo de existir,
consagrando á Dios mi alma,
á El y á vos podré servir.
Seré un dócil compañero
cuando no un amigo fiel;
porque al fin, Señor, os quiero
como debo amarlo á El.

Max. Me han conmovido, Mejía,
esas frases, que revelan
afectos que no creía
y al conocer me consuelan.
Mas tengo el presentimiento
de una desgracia horrorosa

que, fija en mi pensamiento,
instante á instante me acosa....

ESCENA IX.

Dichos y MIRAMÓN.

Mir. Si no fuese yo importuno....
Deteniéndose.
Max. Nunca lo es un general
valiente como ninguno
y como pocos leal.
Mir. Majestad, mucho me honráis
al expresar lo primero.
Max. Pues de uno y otro nos dais
muestras tales, que no quiero
notar, y me avergonzáis.
Mir. Aun cuando en tiempos mejores
para el trono estuve lejos,
no me rodearán los peores,
tristes, radiantes reflejos
de vuestras glorias mayores.
—Poco ó nada os comprendía,
cuando con honra expatriado,
perfectamente veía
como os habían engañado.
Pero llegando á trataros,
llevasteis mi ánimo en pos:
al punto supe estimaros
y juré morir por vos.
Y si estáis comprometido
en esta triste ciudad,

es que quizá mi lealtad,
Señor, no habéis comprendido.
Es que escucháis bondadoso
y adoptáis muy fácilmente
al labio más insidioso
y el más absurdo expediente.
Así vimos fracasar
los planes mejor urdidos,
retrocediendo vencidos
casi á punto de triunfar.
—Y ved que en este momento,
cuando debíamos partir,
hase podido eludir
la orden, y mucho lo siento.
—Quién pudo hacerlo y por qué?
—Yo en el acto lo comprendo;
pero es error estupendo,
y su móvil bien se vé.

Max. Quizá no tengáis razón,
pues que López ha encontrado
algún maíz, que ha ocupado
para nuestra guarnición.
Así, soldado y corcel,
bien sustentados un día,
con más brío y más bizarría
entrarán en lid tan cruel.
Dejad que el ánimo exhausto
se anime y tome ardimiento,
para que al golpe que intento
el éxito sea más fausto.

Mir. Señor, pensad lo que hacéis;
pues dudo que sea verdad

lo que por cierto tenéis,
y acaso os pierda.
Max. Callad.....
Mir. El enemigo os rodea
y es cada vez más estrecho
el corto radio en que ondea
vuestro pendón, ya deshecho.
Y si esto hasta hoy pudo ser,
gracias á tanto heroísmo;
acaso no sea lo mismo
mañana al amanecer.
Pues si el ánimo flaquea
y la moral se ha perdido,
debéis tomar un partido
cuanto antes posible sea.
—No temería á la metralla
ni á inexpugnable trinchera
si de duro hierro fuera,
dando á su pie la batalla,
porque una muerte gloriosa
hallaré al fin de esta guerra;
mas me confunde y aterra
la defección....y....otra cosa.
Max. Otra cosa?....
Mir. La traición,
que de un instante á otro, puede
perdernos....—Pero que quede
cada cual en su opinión.
—Los dos á la vez deseamos
el bien de la patria mía;
y aunque conformes no estamos,
seguimos la misma vía....

Quizá nos guarda una tumba
ó el cadalso en premio Dios;
pero donde el rey sucumba,
sucumbiremos los dos.

ESCENA X.

Dichos y un coronel de caballería.

Mej. Alguien llegó hacia la puerta,
y extraño que no haya entrado.
Mir. Acaso le desconcierta
el vernos á vuestro lado.

A Maximiliano.

Max. No os admire lo que pasa.
Es que al Coronel llamé,
y al no hallarle ni en su casa,
en cierto modo apremié.
Cor. Constantemente ocupado
en llenar mi cometido,
dejo todo preparado
y á su Majestad servido.

Entrando.

Ya, cuando vos lo mandéis,
tendrá efecto la salida,
siendo cosa decidida
que retardar no debéis.
—Más no se puede pedir
á nuestros leales soldados
tras dos meses de sufrir
en trances desesperados.
Luchar uno contra ciento

con incansable porfía,
en verdad parece un cuento
hijo de la fantasía.
Y aunque cada lance aislado
fué una brillante victoria,
solamente hemos ganado
los laureles de la gloria.
—Gloria estéril, humo vano
que radiante sube y crece,
y acaso se desvanece
del viento á un soplo liviano.
Y queda el cruento sufrir
á esos mártires, cuya alma
desdeñaría hasta la palma
que les guarda el porvenir.
—Aunque, si están abatidos
esos ánimos gigantes,
ya se alzarán más pujantes,
más bravos, más decididos.
Ya volverán los aceros
y el ronco bronce á crujir,
que en estos lances postreros
hay que vencer ó morir.
Después, sea lo que Dios quiera,
y si existís aun vencido,
proseguiré agradecido
en pos de vuestra bandera.

Max. Será la última jornada:
más sacrificios sangrientos
no cumplen á mis intentos
tras esta lid desgraciada.
—Mi equipaje, oro y papeles

llevad, según convenimos,
dando los bultos que hicimos
á nuestros jefes más fieles.
Y si adversa la fortuna
me condena, cedo todo
al que lo porte, de modo
que es suyo sin duda alguna.
—Hemos concluido; y ahora
esme preciso un momento
de reposo, porque siento
una sed abrasadora,
y sufro crueles dolores
del mal, que cual yo, padecen
nuestros soldados, y acrecen
al aumentar los calores.

ESCENA XI.

Dichos menos MAXIMILIANO.

Cor. Señores, también me voy;
nos veremos en esa hora
del combate precursora,
que inquieto esperando estoy.

ESCENA XII.

MIRAMÓN Y MEJÍA.

Mej. Qué efecto os hace ese hombre?
Mir. Me repugna.
Mej. Pues cuidaos
de su influencia.

Mir. Y vos guardaos
aun de pronunciar su nombre.

ESCENA XIII.

WAGNER.

No está el Emperador, y yo quisiera
decirle lo que pasa en este centro,
porque noto algo extraño; y en las calles
en vez de animación y movimiento,
una tristeza sepulcral domina,
como augurio fatal de un contratiempo.
Y esas tropas, que se hallan inactivas,
tras breves horas se hallarán batiendo,
cada quien contra un mundo, cual la (ola
que en la agitada mar cae sobre ciento:
cual cuña que ingerida en la montaña
la debe atravesar con raudo esfuerzo...!
—Pero la gente lánguida reposa,
y su quietud letal me impone miedo...
Es un presagio desastroso y triste,
ó de la vil traición sólo el comienzo?

Quédase absorto por algunos instantes.

ESCENA XIV.

DICHO Y ELISA.

Elisa. [Qué semblante, buen Dios!]
Wag. Amada Elisa!
Elisa. Por qué te abates, Wagner?—Ahora es [tiempo

de mostrar lo que vales.

Wag. Sufro mucho;
mas aunque sufro, á los peligros reto.
—Qué pudiera perder, si la existencia
es carga odiosa de abrumante peso;
si los ensueños de pasadas glorias
ó de un cariño angelical no creo,
y sólo aguardo en la piedad divina
salvar el nombre y el honor ilesos?
Esas frases, que escucho embelesado,
tan halagüeñas, al pensar en México,
frases de amor y vanidad henchidas,
vienen á exasperar mis sufrimientos...
—Una boda y un trono!—Qué bobera
para el que aguarda desengaño horren-
[do!

La contempla con avidez.

Y ahora te estimo más, mi bella Elisa,
hoy que me acosa sin igual tormento,
hoy, que al ser fiel, media un abismo
entre nosotros, y por fiel te pierdo!...

Elisa. (Cuanto es más grande á mis amantes
[ojos
quiere manifestarse más pequeño.)
—Por qué no ha de salvarse el Soberano
aun destruido su fatal Imperio?
—Y salvándose el alma de tu alma,
desdeñarías un porvenir risueño?

Wagr. Que se salve el señor no esperes nunca,
pues su sino y su honor lo tienen preso,
y ya muy pronto, dentro de estos muros,

el drama concluirá cruel y sangriento...
—Y si él perece, no tendrás esposo!
—Cuánto me pesa que engreído y necio,
ante horizontes plácidos hiciera
tan atrevido y torpe juramento!
Pues si él muriese, cómo yo podría
negar mi pecho al destructor acero,
si al traspasar su corazón, al mío
diera la muerte el vencedor protervo?

Manifiesta luchar con sus afecciones.

Mas todo puede ser.—Quizás, Elisa,
movido el cielo á tus fervientes ruegos,
nos guarda un porvenir más venturoso
trocando en realidades nuestros sueños.
Un eterno sufrir no fuera justo
ni lo podría mandar un Dios excelso;
y si aceptarlo no pudiera nunca,
yo ser dichoso con tu amor espero!

Elisa Los sufrimientos han templado mi alma;
ya no los goces frívolos deseo
que hicieron mis delicias en la Corte,
y ser tan grande como tú pretendo.
Ligados como están nuestros destinos
uno solo serán.—No más anhelo
que estar contigo en tempestad ó calma,
dando de abnegación nobles ejemplos!
Seguir tus huellas con valor sublime;
gozar delicias ó sufrir tormentos:
y al exhalar el postrimer suspiro,
nuestras dos almas subirán al cielo.

ESCENA XV.

WAGNER.

Hechicera ilusión que Dios envía
cual leve lenitivo al sufrimiento.....!
—En tal cariño no he pensado nunca,
y al sentirlo yo así, no lo comprendo...
—Pero por qué no fué cuando pudiera
ser venturoso con tan leal afecto,
y ahora le ofrezco á mi adorada Elisa
por tálamo nupcial fúnebre lecho?

Se pasea agitado.

Mas qué importan las penas de un mortal
que sólo cifra en su pasión su empeño,
si se comparan con la hiel que apura
el alma de un Monarca tan espléndido?
Si es el mártir que arrastra sus desgra-
[cias
henchida el alma de dolor acerbo,
sin que muestre en su límpida pupila
ni un leve indicio de rencor ó miedo?...
Pero si él ha de ser sacrificado,
seguiremos sus huellas hasta el cielo....
—Y por qué vacilar ni ahora ni nunca?
—Wagner, Wagner...! Valor! No des-
[mayemos!

Se va por la derecha.

ESCENA XVI.

MAXIMILIANO Y EL CORONEL *por la izquierda.*

Cor. Señor! Señor!... Salid, cual presurosa
el águila caudal tiende su vuelo!

—Penetró por sorpresa el enemigo,
y pronto ocupará todo el Convento.

Max. Y vos me lo decís? Vos, que mandabais
esas fuerzas que habían de defenderlo?

Corl. No os detengáis, por Dios!—Que vues-
[tra vida
de este trance tan cruel se salve, al
[menos.

Max. Mal me juzgáis, cuando pasivamente
al enemigo abandonáis el puesto.
—Si han de morir mis bravos defenso-
[res,
valor me sobra, y moriré con ellos!

Se van por la derecha, empuñando las espadas desnudas; pero el Coronel se detiene un momento en la puerta, al desaparecer Maximiliano.

ESCENA XVII.

DUPONT, *por el fondo.*

Genio de la traición, plega tus alas,
detén un punto tu nefando vuelo;
y si la muerte de los héroes pides,
no siendo en la inacción, te la concedo.
—A las armas!—Salid, hijos de Marte,
del vil letargo de indolente sueño,
si no queréis que caiga de improviso
la mano de un traidor á vuestro cuello!
—Wagner, dó estás? pues corren pre-
[surosos
los urgentes, cortísimos momentos

que con acre desdén nos dan los hado
para perder la vida combatiendo.
—Wagner, dó estás? Escucha al punt
mi varonil desesperado acento!
No tardes en llegar, porque peligran
la existencia y honor de nuestro ejército
—Y en dónde pasa tan tremendas hora
que abren á nuestros pies abismo in
[menso?
—Mas por qué vacilar?—Yo mism
[march
á dar aviso!... Pero, al fin, le veo!

Dirigiéndose á la puerta de la derecha y vien
do luego á Wagner que llega por el fondo.

ESCENA XVIII.

Dicho y WAGNER.

Dup. Tal vez tardaste, y en tu mano estriba
nuestra vida y honor, por el momento
pues circulaba la increíble nueva.
de retardar la marcha...y no lo creo!.
La deslealtad vislumbro; y noto, en
[tanto
leves rumores, vagos movimientos
en las líneas de tropas que circundan
esta triste ciudad.—Todo lo entiendo
y al comprenderlo vengo hacia voso
[tros....
—Defendeos, vive Dios, si queda tiempo

Dilo al Emperador: mas sea en el acto,
porque si tardas más, cae prisionero!

Wag. No! No!—Muramos! Cueste nuestra [vida
al que la corte, temerario esfuerzo.
Muramos como mueren los leones
acosados por lobos carniceros!

ESCENA XIX.

DUPONT Y ELISA.

Elisa. Dó está el Emperador? dónde mi Wag- [ner?

Sumamente inquieta, y como buscándolos.

Dup. Todo se concluyó, según comprendo.

Elisa. Sí, pues circulan ya dentro la plaza
las tropas del contrario campamento...
—Mas dónde está?... Por Dios!...

Con ansiedad.

ESCENA XX.

Dichos y WAGNER.

Wag. Él ha salido,
y yo debo seguirle hasta el infierno.

Desesperado, dirigiéndose á la puerta del fondo.

Elisa. Imprudente!....Dó vas?

Wag. Donde él perezca.

Sale arrebatadamente.

ESCENA XXI.

DUPONT Y ELISA.—WAGNER *entre bastidores, y al final multitud de soldados republicanos.*

Voces dentro. Viva la libertad!

Aclamando.

Wagner id. Viva el Imperio!

Suena una descarga.

Dup. Ha sellado su afecto con su sangre!
Wag. Viva el Emperador!

Otra vez aclamando y entre bastidores.—Suena otra descarga.

Elisa. Wagner ha muerto

Saliendo desesperada. Entran los soldados republicanos por todas las puertas simultáneamente rodeando á Dupot y á Elisa, la que retrocede á su impulso; produciéndose entre bastidores un estrépito inusitado, repetidos disparos de fusil y varios cañonazos

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO

En Querétaro.—Prisión de Maximiliano en el Convento de Capuchinas.—Sala amueblada pobremente.—Una puerta grande al fondo, la cual permanecerá cerrada excepto cuando la escena exija lo contrario.—En el muro del fondo, en lugar visible, una corona de espinas colgada de un clavo.—La única vía de comunicación en la mayor parte de la escena, será una puerta de menores dimensiones situada en un costado.—En el lado opuesto habrá una ventana.

ESCENA I.

MAXIMILIANO, *colocando sobre una mesa un legajo de papeles, después de simular haberlo leído mentalmente.*

Aunque mejorado estoy,
han gastado una fineza
que me ha causado extrañeza,
pues al proceso no voy.
En verdad creí peores
á aquestos republicanos
cuando al caer en sus manos
no son mis penas mayores.
Más mejor me conviniera
que al venderme la traición,
sin más consideración
sobre mí fuego se hiciera.....
Y al fin eso habrá de ser.
—Por qué cubrir apariencias

cuando ya está en sus conciencias
lo que les conviene hacer?
Simula meditar.
—Ahora estoy más sosegado,
pues sin mancha mi memoria
ha de brillar en la historia,
y así seré compensado.
—No fué la gloria mi anhelo?
No fué mi afán levantar
siempre mi fama, al pisar
este bendecido suelo?
—Y no me enaltece el ir,
sereno y franco, á probar
que al no poder gobernar,
sabré, cual nadie, morir?
—Sí. . .Sí.—Se cumple mi anhelo,
y las glorias de la tierra
tras el fragor de la guerra
irán conmigo hasta el cielo.

Instintivamente se habrá dirigido hacia la ventana y quedará inmóvil, mirando al exterior.

ESCENA II.

Dicho y MIRAMÓN.

Mir. Tal cual le advierto, le creo
sol que declina á su ocaso,
y fulgurante á su paso
más majestuoso le veo.
—Esa augusta majestad
que á la muerte desafía,
es más digna, á la verdad,

ante la fosa sombría.
Pues cuando rey ser altivo
quizá sea empequeñecer;
pero ser magno al caer,
es serlo en superlativo....
—Mas parece que me nota,
y acaso hablaba con Dios,
á cuya mansión ignota
muy pronto iremos los dos.

Max. Venid acá, general,
sin etiquetas, ya vanas,
y ved con calma glacial
al Cerro de las Campanas.
—Qué os parece?

Mir. Que domina
cuanto tiene en derredor.

Max. Si allí se nos elimina,
será en un sitio de honor.

Mir. Justo es que exceda en nivel
siempre quien más se elevó
sobre el que no comprendió
ni la grandeza de aquel.

Max. Si en mi existencia azarosa
otros cual vos encontrara,
seguramente la cosa
de mala en buena trocara.

Mir. Habiendo un solo traidor,
si todos más buenos fuesen,
no extrañaría que cayesen
en manos de un "vencedor."

Sonriendo tristemente.

Max. Es verdad.—Y yo podría,

de Márquez al Coronel,
con éste ser menos cruel,
no obstante su alevosía.
Mir. Y yo á los dos perdonara,
si otras víctimas que yo
su villanía no creara
como hemos visto creó.
—No me importa ya mi vida
por mí, que al país la debo;
pero el desconsuelo llevo
de verla para él perdida.
Y como todos los leales
caímos en ese lazo,
no ha de haber un solo brazo
que ponga coto á sus males.
Max. Y no sufriréis si llora
una esposa asáz querida?
Mir. Su duelo abrirá una herida
en mi alma, porque la adora....
—Mas no piense ni en mis hijos,
cuyo triste porvenir
en mis afanes prolijos
hacíame duro el morir.
—Son cual pedazos de mi alma,
y causarán mi delirio
cuando más querré la calma
para ir en pos del martirio....
—Ya huérfanos, en la tierra
llevarán todos mi nombre,
siempre limpio, que es de un hombre
muerto á un azar de la guerra;
y si alguien me cree traidor,

no habrán de inclinar la frente.
La historia es intransijente,
y vindicará mi honor.

Max. Me conmovéis, General,
que en vos sólo un mártir veo,
aunque intitulado reo
por la facción liberal.

Mir. Así todas las facciones
con heroica sangre riegan
los cadalsos, á que allegan
los más ilustres varones.
Y esos cadalsos se elevan,
con noble sangre regados,
como árboles fecundados
en que los odios se ceban.
Los frutos después recoje
la patria, y al porvenir
da esos mártires que acoje
y ya no pueden morir.

Max. De tales hombres sois vos:
nacido para la gloria,
vivirá vuestra memoria
cual la memoria de un Dios.
—Y á mí me cabe igual suerte:
mientras haya un mexicano,
vivirá Maximiliano,
perpetuado por su muerte,
pues creo que serán también
nuestros cadalsos fecundos,
como otros de entrambos mundos
tan pródigos para el bien.

Mir. Si para el bien ha de ser,

la víctima pronta se halla,
que no sólo en la batalla
la sangre se ha de verter.

ESCENA III.

Dichos y MEJÍA.

Mej. Y por mí, aunque no consienta,
veo que mi vida se agota
como la nube que flota
al estallar la tormenta.
—Yo mejor querría morir
dando cuchilladas fieras,
pues me es duro sucumbir
á enfermedades rastreras,
y peor servir de blanco
cuando lo exija mi suerte,
porque entonces nadie es fuerte,
y yo temblara.—Soy franco.
—Sin embargo, si lo manda
Su Divina Majestad,
podré, con suma humildad,
sujetarme á la demanda.

Se produce entre bastidores inusitado estrépito de pasos, y armas, y con un clarín se imitará en prolongado toque una "llamada de atención"

Max. Qué toque es ese?—En mi vida
me hiciera impresión igual.
Mir. Es toque de despedida
al bullicio mundanal.
Mej. En su pos se abren las puertas
de una incógnita morada,
que al ánima desterrada

permite Dios sean abiertas.
Luego las de esta prisión
igualmente se abrirán,
y todos conocerán
el fruto de una traición.

ESCENA IV.

DICHOS *y el* FISCAL, *acompañado de otros Oficiales de las tropas republicanas y de multitud de soldados que se formarán en dos filas laterales prolongadas aun más hallá de la puerta del fondo, la cual se abrirá enteramente.*—EL FISCAL *llevará en una mano un pliego que leerá ante* MAXIMILIANO, MIRAMÓN *y* MEJÍA, *en tono solemne.*

Fis. Maximiliano de Hapsburgo,
hoy la Nación os condena
á sufrir la última pena,
declarado usurpador.

A Maximiliano.

Y á vosotros, á la vez,
condena de igual manera
por seguir una bandera
que sólo aceptó el traidor.

A Miramón y Mejía.

Y causará ejecutoria
tan merecida sentencia
quitándoos la existencia
esta tarde al dar las tres.
Cual lo manda ha de cumplirse.
Sus conclusiones son llanas,
y el Cerro de las Campanas
el sitio designado es.

Max. Ante un sol resplandeciente
y bajo un sereno cielo
siempre expirar fué mi anhelo,
y Dios así lo consiente.
Mej. Oíd....
Mir. Estamos dispuestos
y la hora no es importuna.
Fis. Ni haréis objeción alguna.
Max. Ni tratando de mis restos?
Fis. Por nada, absolutamente.
Max. Cumpliría á mi voluntad
que á Europa decentemente
se enviasen; mas....
Fis. Perdonad.
Para este asunto, es preciso
tratar con el General
en un ocurso conciso,
pues es negocio oficial.
Max. Es humillante é indecente
esa conducta.
Fis. Yo os digo
lo que sé, por lo cual.....
Max. Sigo
vuestra instrucción.
Esforzándose.
Fis. Bien, corriente!

Desaparece el Fiscal con todo su séquito, y vuelve á cerrarse la puerta.

ESCENA V.

MAXIMILIANO, MIRAMÓN Y MEJÍA.

Mir. Se pronunció la sentencia....
—No era mejor otra cosa,

ya que al bajar á la fosa
limpia está nuestra conciencia.

Max. Así la juzgo, en verdad,
y tal la debe tener
aquel que desea obtener
la gloria en la Eternidad.....
—Mas nos réstan en el mundo
mil deberes que cumplir.....
No perdáis ya ni un segundo,
que alguien queda al porvenir.

ESCENA VI.

MAXIMILIANO.

Después de un momento de solemne silencio.

Claro está el día cual mi mente,
claro cual mi situación:
no abrigo, absolutamente,
ni la menor ilusión.

.....

Terrífico ante mis ojos
un cadalso miro alzar.....
mas yo lo puedo aceptar;
y lo acepto sin enojos.
—Por una gloria perdida,
otra obtendré que refleje
cuando mi alma el suelo deje,
llegando á Dios redimida.
Y el pueblo, tal vez llorando,
recuerde mi aciaga suerte,
cuando mi cuerpo, ya inerte,
irá los mares surcando.....

Pequeña pausa.

Los mares....?—Sí, que al pasar
de sus límites lejanos,
hallaría yo más hermanos
y más patria y más que amar!

.....

Amar!.... Palabra bendita,
por qué brotas á mi boca,
cuando es por mi esposa loca
que mi corazón se agita?
Qué pasa en mí, que mi anhelo
crece mirando perdido
un amor, que aquí extinguido,
espero hallar en el cielo?.....
Y más se agita y exalta
cada vez que pienso en ella,
hermosa y fúlgida estrella
que en mi horizonte resalta!
—No nació para existir
ese amor aquí en la tierra,
si aún mi dicha se encierra
en él, del mundo al partir?

.....

—Mas recuerdo á Miramar,
esa mansión de delicias,
donde sus gratas caricias
tanto me hicieron gozar;
y dudo si ha fenecido
en aquel cerebro muerto
mi amor, ó más decidido
se agita solo y más cierto.

Simula dudar por algunos momentos.

Podrá brillar tal idea

donde las ideas no caben?
—Esto los hombres no saben,
y plegue á Dios que no sea.
El permita que aun mi nombre
haya llegado á olvidar.
Siga enferma: no se asombre
y más loca llegue á estar.

. . . . . .

Ella fué mi tentadora;
mas si me lanzó á un abismo,
cedió á ese cariño mismo
que su alma noble atesora.
Y si hoy se hallase á mi lado,
ya tuviera una salida,
y mi causa, que es perdida,
tal vez se hubiera salvado.

. . . . . .

Mas cuándo, cómo ó por qué?....

Asombrado.

Es mejor que esto así acabe.
—Y el Imperio fué una nave
sin timón, que yo acepté....

Todo esto como expresión de impetuosas afecciones que debe manifestar el actor.

Bien!—Ya todo se ha perdido,
y de ese todo no siento
sino que mi testamento
bien puede ser discutido.

Con ingenua resignación, después de pasearse agitado unos momentos.

ESCENA VII.

Dicho y un SACERDOTE.

Sacer. Al pasar los umbrales de esta vida
otra vida mejor espera el alma,
y al ministro de Dios le corresponde
preparar el espíritu á la marcha.
—Queréis oír mi voz?

Max. Siempre he deseado
escuchar las dulcísimas palabras
que explican del Señor las maravillas
y extasiados hacia El nos arrebatan.
Mas de otro asunto trataréis ahora,
y vuestra voz resonará más grata.
Decidme que el imperio de los cielos
existe sólo para aquel que lo ama;
hablad de un más allá, pues mis creencias
este consuelo plácido demandan.
—Pero no, que no es tiempo todavía:
el árbol crece y en el suelo arraiga,
y existen ciertos seres en Europa
que mis momentos últimos demandan.
Dejad que vuelva mis amantes ojos
á las risueñas playas italianas;
luego veréis cómo á mi Dios consagro
el alma, el pensamiento y las palabras.

Sacer. Dedicad, si queréis, vuestras ideas
un instante á los seres que os amaban,
para entregar exenta de aprensiones
al Supremo Hacedor toda vuestra alma.

Max. No sabéis de un castillo delicioso
en las floridas costas italianas
llamado Miramar, cuyos cimientos
del Adriático mar las olas bañan?
Allí anhelosa me brindó la suerte
una hermosa mujer, hoy desgraciada,
y allí vivimos como dos palomas
cuyo apacible afecto las embarga.
Cómo me amó, buen Dios, y cómo á (ella
correspondiera mi alma enamorada!..
Si en los cielos se goza de ventura,
me es lícito creer que no sea tanta.
—Mas todo finaliza aquí en la tierra,
pues la ambición nos pierde y nos arras- (tra.
Pretendiendo ceñir una corona,
esa corona se ofreció á mis plantas...
pero mirad aquella, que por burla,
colgaría una mano intencionada.

Indicando la que estará colgada.

Como esa fué la que aceptaba entonces
que sus púas punzadoras no palpaba;
y al ponerla orgulloso en mi cabeza,
mi sien, de entonces hasta hoy, desga- (rra.
—Faltándome mi tierna compañera,
persiguióme constante la desgracia.
Pretendí sostenerme con denuedo,
y.. triste ha sido mi postrer jornada!..
—En vano el héroe verterá su sangre
el sér sacrificando por la patria,

que donde anida la traición, son nulas
de los leales las ínclitas hazañas.
—Esto mismo he notado ha póco tiem-
(po:
Wagner sublime se inmoló en las aras
de una fidelidad no comparable
sino con la nobleza con que amaba;
y otros muchos caerán, tan esforzados,
que acaso tiemble al inmolar la parca.
Todos ellos cumplieron como buenos,
excepto un coronel que yo estimara,
y al sucumbir tan bravos campeones,
el oprobio y la muerte les aguarda!...
—Pero, decidme, padre, no en la gloria
la divina piedad el hombre alcanza
si á la traición debiendo su martirio
es víctima sublime de una causa?

Sacer. Es la piedad de Dios inagotable
como ignoto raudal que siempre mana;
mas sólo satisface al que, es clemente,
único sér capaz de aprovecharla.
—Vuestras manos están rojas de sangre
y pesan sobre vos cien mil desgracias.
cómo podréis, ni reparar las unas,
ni las otras mostrar limpias de mancha?
Mas sabed que ante Dios no prevalecen
dignidad ni poder; que en su balanza
es sólo la virtud la que se estima,
y el crimen y el error que se rechazan.

Max. Ignoráis, por acaso, que antes quise
que apelar al recurso de las armas
constituir un congreso que salvase

de más penas y duelos á la patria?
—Apelo á la justicia del Eterno!

Sacer. La debéis esperar; que en lontananza
ya percibís la nave salvadora:
llegad á ella y levantad el ancla.
—Si sabéis perdonar y arrepentiros,
la faz de Dios se os mostrará más grata.

Max. Vedme aquí ya de hinojos.—De esta (suerte,
creo que dispuesto estoy para mi mar- (cha.
—Como del buen Jesús sea mi corona,
que acepta mi humildad sin repugnan- (cia,
cual mi Gólgota, que es aquese Cerro
que célebre ha de ser, "de las Campa- (nas."

Muy conmovido y cayendo de rodillas.

Sacer. Entregaos al Señor enteramente,
orad, orad cual yo; ved por vuesta al- (ma;
pues llegarán hacia Él tan presurosas
cual las del Olivete, estas plegarias.

Permanecen completamente abstraídos por algunos momentos.

Si como rey no fué mucho,
cual mártir qué magno es!

Contemplando á Maximiliano, que continúa en su actitud anterior.—Suenan tres campanadas, como marcando una hora.

Pero ah!—Cielos!..—Y qué escucho?
—Están sonando las tres!.....

Sobresaltado.

Hace siglos, á esta hora
expiraba el Hombre-Dios.
—Coincidencia aterradora:—
casi igual mueren los dos!.....

Pequeña pausa.

Pero nadie se presenta
á cumplir la orden fatal....
Es que mengua ó que acrecienta
la furia del vendabal?

Max. He cumplido con Dios?

Sacer. Puedo absolveros,
pues ví vuestra abstracción: estáis con-
(trito.
Si pesó sobre vos algún delito.
no prevalecerá para perderos.

Lo absuelve orando mentalmente, y Maximiliano se pone en pie.

Max. Es que vuelvo á caer en tentaciones,
y en mi mente rebulle aquella idea
que siempre me llenara de aprensiones
y acaso nunca exterminada vea.
Contemplo á esa mujer, más desgra-
(ciada
que el triste esposo que al cadalso llega;
pues miro mi misión ya terminada,
cuando ella sufre y con el duelo brega.
Y á veces aun la noto sonreír;
su faz se anima, y mírame amorosa,
su blanca mano sobre mí reposa....
y entonces, padre, no querría morir.
—Pero luego se torna, y de improviso
se me presenta trémula y airada,

me juzga Napoleón... Y, "éste no quiso
salvarnos," dice, y huye desolada.
Mas de uno y otro modo es un tormento
recordar ese bien que se ha perdido,
é imposible regir al pensamiento,
como al rayo domar nadie ha podido.

Sacer. Al rayo se sujeta.

Max. Cual la muerte
ha de cortar el vuelo á mis ideas.

ESCENA VIII.

Dichos y MEJÍA.

Mej. Hoy os acosa sin piedad la suerte.
—Murió la Emperatriz!

A Maximiliano, llegando de improviso.

Sacer. [Bendito seas!
Bendito, oh Dios, que acudes al mortal
y en momentos tan crueles le socorres.
—Ojalá que tocando su alma, borres
las huellas de ese afecto mundanal!]

Max. Murió la Emperatriz.. Mas su alma flota
en mi redor aún.

Después de manifestar un terrible combate de íntimos afectos.

Sacer. Ved que en el cielo
os espera en verdad.

Max. Mi único anhelo
es las huellas seguir de mi Carlota!

Pequeña pausa.

Un vínculo de menos en la vida:
un paso agigantado hacia otra esfera.

—Si aquí fenece una ilusión querida,
proseguiré en su pos.—Ella me espera!

Suenan cuatro campanadas.

Sacer. [Una hora más; y dura la esperanza.
—Ahora soy yo quien tiene su ilusión,
siendo una ley que allegue la bonanza
tras el ronco bramar del aquilón.
—Mas qué rumor, que mi ánimo con-
[turba
ha venido á destruir ideas tan vanas?
Tiemblo cobarde y mi razón perturba
el Cerro recordar de las Campanas!]

En actitud de escuchar.

ESCENA IX.

Dichos, un Capitán republicano *y un piquete de soldados armados, que hacen alto frente á* Maximiliano.

Capt. Perdonadme, Señor.—Soy Capitán,
y hoy, maldiciendo mi contraria suerte,
fuí designado para daros muerte
cuando veros feliz fuera mi afán.

Max. Callar y odedecer es del soldado
el único deber.—Cumplid cual bueno,
y ya que pretendéis ser de mi agrado,
permaneced cual yo, firme y sereno.
Acaso broten de mi tumba un día
mil beneficios y esplendente luz,
como en el mundo nadie pensaría
que brotasen, mas brotan de la Cruz.

Al Oficial.

Vosotros, al llenar tal cometido,
mi cabeza tan sólo respetad;
herid mi corazón, que agradecido
Maximiliano, os premia.—Sí: tomad.

A los soldados, dándoles grandes monedas que simulen oro y al capitán su reloj.

Capit. Señor.....Señor!.....

Muy conmovido.

Max. Qué hacéis, hijo de Marte?
Alzad altivo vuestra frente allá
donde mi alma, ya libre, alegre parte
y exenta de pesares vivirá.

Señalando hacia arriba.

ESCENA X.

MAXIMILIANO Y EL SACERDOTE.

Sacer. Maximiliano Hapsburgo, sois muy grande.
Max. Creo que dispuesto estoy á la partida.
Sacer. Juzgáis vuestra aprensión desvanecida
y el alma pronta á lo que Dios os mande?
Max. Contempladme la faz: está tranquila,
y así se siente mi ánimo sereno,
que un célico esplendor hiere de lleno
en mi apacible y lánguida pupila.
Sacer. Es la verdad, pues ya que está marchita
la flor de una esperanza postrimera,
tendéis la vista á la azulada esfera
donde una ley mundana os precipita.

—Regenerado estáis: sois de esos seres
que en torno del Creador gustan ufanos
mil sublimes, dulcísimos placeres
que conocer no es dado á los humanos.

Max. Pero esa hora feliz se hace esperar.

Sacer. Vuestro afán por morir casi me aterra.

Max. Al que ha cumplido su misión, la tierra
no lo puede en sus antros sujetar.

Sacer. Y si la vida os diesen.....?

Max. No querría
ni un momento aceptarla... Mas, si fuese
falsa la nueva que nos dió Mejía,
quizá sin vacilar yo la admitiese.
Pero no.—No será, que entrambas cosas
juzgo imposibles... Ya vendrá la muerte;
y la tumba será lecho de rosas
para el que es pasto de dolor tan fuerte.

ESCENA XI.

Dichos y el Fiscal. *Este se presenta agitando un pliego que llevará en la mano.*

Fisc. Cese, señores, vuestro afán profundo.
Impetuosamente.
El Gobierno permite que viváis.....
otros tres días.

A Maximiliano, indicándole y deteniéndose al hablar.

Max. Haced como queráis,
pues el hombre que veis no es ya del [mundo.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO

En San Luis Pótosí. Salón de la presidencia.—Salidas practicables por los tres lados visibles al espectador. —Un dosel.—Una bandera como las que tienen los regimientos mexicanos.—Una gran carta geográfica. —Todo ello en sitio conveniente y de modo que sea bastante visible.—Los demás accesorios, poco ostentosos y de un gusto severo, sin ser demasiado humildes.—La escena se supone comenzar poco antes de las seis, y concluir después de las siete de la mañana.

ESCENA I.

Un empleado civil del Gobierno Republicano, mirando hacia el exterior, á través de la puerta del fondo.

Ya percibo en lontananza
del sol los rayos, que tibios,
asoman por el Oriente
dando al orbe vida y brillo.
Pronto de rosadas nubes
ha de rodearse ese disco
que á unos ofrece delicias
y á otros tremendos martirios.
Y como esas nubes rojas,
rojas también, del suplicio
subirán olas de sangre
hasta el trono de Dios mismo.
Pues por desgracia sucede,
que todo nuestro camino
está de sangre inundado
y los aires de gemidos.....
—Por qué no como á valientes
digna muerte á todos dimos
en los campos de batalla,
y sí en infames suplicios.....!

ESCENA II.

Dichos y un AYUDANTE DE JUÁREZ.

Ayud. Vive Dios, que contrariado
y adusto el semblante os miro.
—Se os hace dura la pena
de un trabajo tan asiduo?
Empl. El trabajo es lo de menos.
Ayud. Pues por qué estáis tan sombrío?
Empl. Tenemos que hacer tres víctimas
de tres héroes.
Ayud. Concedido.
Empl. Que perezcan bien me place
y cien más; ahí transijo,
pero eso de fusilarlos;
á sangre fría?...
Ayud. Es preciso.
Empl. No lo niego.
Ayud. Pues entonces?.....
Empl. Ello es asunto concluido?
Ayud. Vivirán otra media hora,
y después....—Es muy sencillo.
Mirando el reloj.
—Rujan si quieren el Austria
ó la reacción; da lo mismo.
Empl. Y no pensáis en que Juárez
llegue á ceder?
Ayud. No ha cedido,
y no hay que temer á hora
que expira el plazo.
Empl. Ayer vino
una enlutada.....

Ayud. Si hoy torna
tarde será, pues Dios quiso
castigar á vuestros héroes,
y contra él nadie ha podido.
—Qué queréis?—Triunfa la patria;
y al triunfar, esos suplicios
dan fin á un drama sangriento
con el más trágico epílogo.
—Si ellos á hierro mataron,
mueran á hierro.

Empl. Bien dicho.....

Ayud. Pues por qué os da tanta pena
que les hagamos lo mismo
que con nosotros hicieron
cuando podían?

Empl. Yo distingo.
Así obraron los franceses;
mas en Querétaro no hizo
nunca con los prisioneros
Maximiliano lo dicho.
Acaso más de seiscientos
tuvo, y tan bien atendidos
como sus propios soldados,
en lo posible, los vimos.
—Y aquello de la Señora,
vive Dios! No se ha tenido
al instruirse su proceso
como un atenuante digno?

Ayud. Pues no os canséis, camarada:
de eso se hace caso omiso,
porque importa terminar
con un golpe asaz político.

Empl. Tenéis razón: lo primero
es primero, aunque un abismo
para cegar otro, abramos
á nuestros pies.
Ayud. Os veo digno.....
—Pero el presidente llega.

Indicando hacia la derecha.

Empl. También llega su ministro.

Indicando por la izquierda.—Se van los dos por el fondo.

ESCENA III.

JUÁREZ Y LERDO.

Juár. Bien cumplís, pues madrugáis.
Lerd. Y vos no os quedáis en zaga.
—Hacéis bien, que bien os paga
el pueblo, á quien libertáis.
Juár. Y también pudierais vos
decir de vos cosa igual;
pues si la obra es de los dos,
tampoco os pagará mal.
Lerd. Soy entidad secundaria,
ya que estáis primero vos.
—Mi nombre, es verdad palmaria,
siempre irá del vuestro en pos.
—Si esa estoica constancia
que vuestro ánimo atesora
y humilló casi en su aurora
del Imperio la arrogancia;
si esa inaudita energía
y el tesón con que luchasteis,
en algo son obra mía,

tal vez no os equivocasteis.....
—Pero, aunque sea postergando
al buen González Ortega,
vos nos seguís gobernando
mientras otro plazo llega.
Esto se llama entender
lo que se tiene entre manos;
que ante los republicanos
siempre sois quien debéis ser.
—Mas veo que nos distrajimos
cuando aquí fuimos citados
hoy, que serán fusilados
esos reos que no absolvimos.

Juár. Y es mi mayor aprensión
el pensar en tal asunto.

Lerd. Nunca salgáis de este punto:
"Sobre todo es la nación."
—Vedla, Juárez, cuán grande es.

Indicando la carta geográfica.

Y tenéis los ojos fijos
en vos, de todos sus hijos.
—Que no os maldigan después.
—No creáis que la fortuna
vuelva á brindaros la gloria
de marcar en vuestra historia
una era cual no hay ninguna.
—El núcleo de la reacción
y sus héroes más temidos
cayeron todos reunidos:
no les tengáis compasión.
Como un juez digno y severo,
muy bien os estáis fundando

el tres de Octubre invocando
ante nuestra ley de Enero.
Y nada nuevo inventáis.
Contra una ley, otra ley:
á una aberración de rey
un buen derecho espetáis.
—Pero, ved nuestra bandera
Indicándola.
que llevasteis fugitiva
y vencida, si no altiva
y triunfante, por do quier,
pues fué vuestra la ventura
de mostrarla al Continente
poderosa y esplendente,
como hasta hoy la podéis ver.
Pero no habéis terminado,
y el Orbe atónito os mira;
si por lo hecho os admira,
que os admire hasta concluir.
Sed digno de vos, cual siempre;
y exterminando traidores,
sean vuestras glorias mayores
del presente al porvenir.
—Impulsado por el Norte
no temáis al extranjero,
que el honor es lo primero
y en salvarlo está el deber;
mas nada habríais alcanzado
cuando al presente cedierais,
si por lo mucho que hicierais
poco os queda por hacer.

Juár. Sé y haré lo que conviene.

Si esa hidra de mil cabezas
después de tantas proezas
yace rendida á mis pies;
cortando las más erguidas,
aquella impotente queda,
y no importa qué suceda
al fusilar á esos tres.
Pues si á una horrible contienda
mi firmeza nos lanzara,
no la temo, aunque muy cara
ella nos pueda costar;
aunque existe en mi conciencia
y en mi sentir, algo grave,
algo tierno, que no sabe
mi convicción dominar.....

Vacila.—Después con resolución.

Mas triunfaré, y esos reos
se inmolarán en las aras
de aquellas diosas, tan caras
á mi razón y á mi fe.
Patria y libertad benditas,
ya que en mis manos estáis,
por Juárez nada temáis
mientras lo veáis en pie!

Lerd. Gracias al cielo que os veo
digno del alto renombre
que no alcanzará otro hombre,
llenando así mi deseo.
Nada más quería exigiros
cuando os creía flaquear;
mas si llegáis á cejar,
tornaré yo á requeriros,

ESCENA IV.

JUÁREZ.

Quien desechó la protesta
del Gobierno, en Miramar,
no extrañe verla pesar
sobre sí en hora funesta.
—Con la espada de la ley
cortaré á tal vida el hilo,
cediendo á su agudo filo
esa cabeza de rey.
Al serlo no me asombrara,
y menos si es un intruso.....
pero me deja confuso
una excelsitud tan rara.
—Bien se llega á producir
exento de hipocresía
en pro de la patria mía
que nunca logró regir.

Saca y lee una carta.

"Que sea dichosa por vos,
dice al ceder á la muerte,
pues que vuestro brazo es fuerte
y dárosla quiso Dios.
"Mas sed clemente este día
en que vuestra ley condena
á sufrir la última pena
á Miramón y á Mejía.
"Descargad tan sólo en mí
todo el rigor; y en la historia
más grata vuestra memoria
sea si procedéis así.

—"Ya no más sangre vertida
quiero ver ante mis ojos,
ni más mortales despojos
al final de mi partida.
"Y pues sois grande, señor,
haced mi muerte fecunda.
ya que radiante os circunda
de la gloria el esplendor."

Luego, dejando de leer.

Quien obra así es más que hombre,
y aunque á la tumba declina,
esta letra determina
que no temblaba.—Su nombre
siempre irá del mío en pos,
y cuanta más sea mi gloria,
más brillará su memoria
en la historia de los dos.

Pequeña pausa.

—Pensando en ese atractivo
con que al que mira seduce,
alguna vez me conduce
á ser tierno y compasivo.....
—Y se empeñan por su vida
los propios y los extraños;
mas si cedo á esos amaños,
es toda mi obra perdida.

Después, dirigiéndose á la bandera.

—No lo será, mi bandera,
que del uno al otro oceano
hoy tremolas, ya que en vano
te empuñó un usurpador.
—Y serás tan respetada,

tan poderosa y temida,
como deba ser la egida
de mi patria y nuestro honor.
—Al cumplirse mis anhelos,
más fulgurante destella
mi benigna y magna estrella,
que rauda al zenit llegó.
Y la República, en tanto,
vive en mí, cual yo por ella;
pues por esa buena estrella,
ella está donde estoy yo.
Si otras veces no ocupamos
más que un girón de esta tierra;
hoy que en su dominio encierra
cuanto antes fué su extensión;
velaré siempre afanoso,
si no como antes luchando,
más firme, ya consumando
la obra de su redención.

ESCENA V.

Dicho, ELISA *y otra* DAMA, *ambas de luto y cubiertas con velos.*

Elisa. Señor! Piedad! Piedad!—Os suplicamos
nos oigáis esta vez.—No desairadas
nos alejéis de aquí, porque vos sólo
alimentáis nuestra última esperanza.
Para un augusto mártir y dos héroes
os suplicamos una extrema gracia:
conceded el indulto que os pedimos,
y más digno seréis de vuestra fama.
Maximiliano, Miramón, Mejía,

en su triste prisión, ya sólo aguardan
sangrienta muerte y padecer horrendo,
si vuestra voz á nuestros ruegos calla!

Juár. Yo quisiera serviros, y os sirviera
si este asunto no fuese de la patria,
pues transigir ahora, constituye
un delito mayor que traicionarla.
Qué dijerais si vieseis otra lucha
dentro de pocos meses comenzada,
que talando ciudades y campiñas
en oceanos de sangre la inundara?
Lo que vos me pedís, han suplicado
los cuerpos diplomáticos en masa,
y pueblos, y personas respetables;
pero es en vano, que en su afán fraca-
—Pedidme, si queréis..... (san.

Dam. Sólo sus vidas.
Lanzadlos luego tras remotas playas,
y os jurarán no retornar á México
si no es que vos ó la Nacion les llama.
Seguridades os dará la Europa,
y vos nada perdéis en aceptarlas....
Es la clemencia la virtud más bella,
y en un hombre cual vos aun más re-
(salta.
—No me desengañéis si os juzgo ilusa,
que el desengaño es un puñal, y mata.
—Padre sois del país, y ellos los hijos:
el padre por igual á todos ama;
y si una vez á castigarlos llega,
levanta el brazo, y... al caer se aplaca!
La espada de la ley se eleva ahora

y su golpe mortífero descarga;
detenedla en su giro, como el padre
que al castigar severo, sufre... y calma!
—Quizá desconocéis esos afectos
que al hombre elevan y hasta Dios se exaltan?
—No tenéis esos seres que os hechizan
y en los momentos de dolor más se aman?
—Nunca os hicieron corregir, al menos,
sus caprichos, sus yerros ó sus faltas?...
—Y, al reprenderlos, no ha cejado nunca
la mano extremecida, y ya sin saña?

Juár. Señora!

Algo conmovido.

Dam. Os conmovéis?—Así creía,
y no en vano he vertido esas palabras.
—Pero ceded en el momento, ó es nula
la abnegación sublime que me ampara!
—Ah! Sí.—Ceded, porque la vida
en este globo terrenal no acaba,
y un más allá de glorias ó de penas
el alma, noble ó miserable, alcanza.

Contempla á Juárez que se muestra bastante preocupado.

No tenéis una esposa que os estima?
Y podréis despreciar sus tiernas lágrimas
si al excesivo afán con que os adora
un suceso fatal os arrebata?
Nunca consentiréis que broten ellas
siendo vuestro deber el enjugarlas....
Y así también las verterán mis ojos
si tan fiera crueldad mi voz no ablanda.

—Mas decid que accedéis acto conti-
(nuo!

Cayendo álos pies de Juárez, el cual se muestra propicio.

ESCENA VI.

Los precedentes y LERDO.

Este asomando entre el cortinaje del dosel, indica á Juárez que no acceda, y viéndolo vacilar, habla con energía.

Lerd. Ahora ó nunca!
Elisa. Piedad!
Dam. Ah!.....
Elisa. Me anonada!

ESCENA VII.

Dichos, menos LERDO.

Juár. Oís, señoras?—Esa voz tronante
me recuerda el deber, y hacia él me
(llama.
Elisa. [El diablo tentador llega oportuno.
—Ojalá no existiese, que mal haya!]
Dam. Escuchadme otra vez, y Dios os premie;
ó ya no sois el padre que se apiada?..

Suenan seis campanadas como de un reloj que da la hora.

Juár. Sonó la hora.....

Preocupado.

Dam. Y salvaréis á todos,
si estáis dispuesto á conceder la gracia.
—Escribid y firmad.....

Con suma ansiedad.

Juár. No....Basta....basta....
Dam. Acaso aún de proceder es tiempo,

pues la electricidad camina rauda!

Otra vez de rodillas.—Juárez sigue muy preocupado.

Librad esa orden, gráfica, concisa,
que una frase, llegando, á todos salva!
Dudáis, señor?.....

Juár. Ya todo es excusado.

Dam. No vaciléis, por Dios, que en lotananza
una luz fulgurar ve mi pupila.
—No la apaguéis de un soplo!

ESCENA VIII.

Dichos, LERDO, *y al fin multitud de empleados civiles y militares.*

Lerd. Ved que es vana
la esperanza que anida en vuestra mente.
"Una frase" llegó: mas os apaga
esa luz, cuyos pálidos reflejos
y al eco solo de mi voz se exhalan.
—Este parte mirad.

A Juárez, mostrándole un pliego que llevará en la mano desde el momento de aparecer en esta escena.

Juár. Hemos concluido.

Mirando el pliego.

Elisa. Murió el Emperador!

Aterrada.—En tanto la otra dama cae sin sentido, y penetran á la escena algunos empleados civiles y militares del Gobierno Republicano, formando un gran grupo á discreción del director.

Juár. Salvó la Patria!

Con voz vibrante dominando la escena.

Todo lo expresado pide mucha rapidez y precisión.

FIN DEL DRRAMA.

DE VENTA EN LA IMPRENTA Y LIBRERÍA

DE

AGUILAR É HIJOS,

1ª DE STO. DOMINGO 5. MEXICO.

PRECIO DEL EJEMPLAR: en México. 25 cs.
Fuera de la Capital..... 37 „